

mari jungstedt

La cuarta víctima

Traducción:

CARLOS DEL VALLE

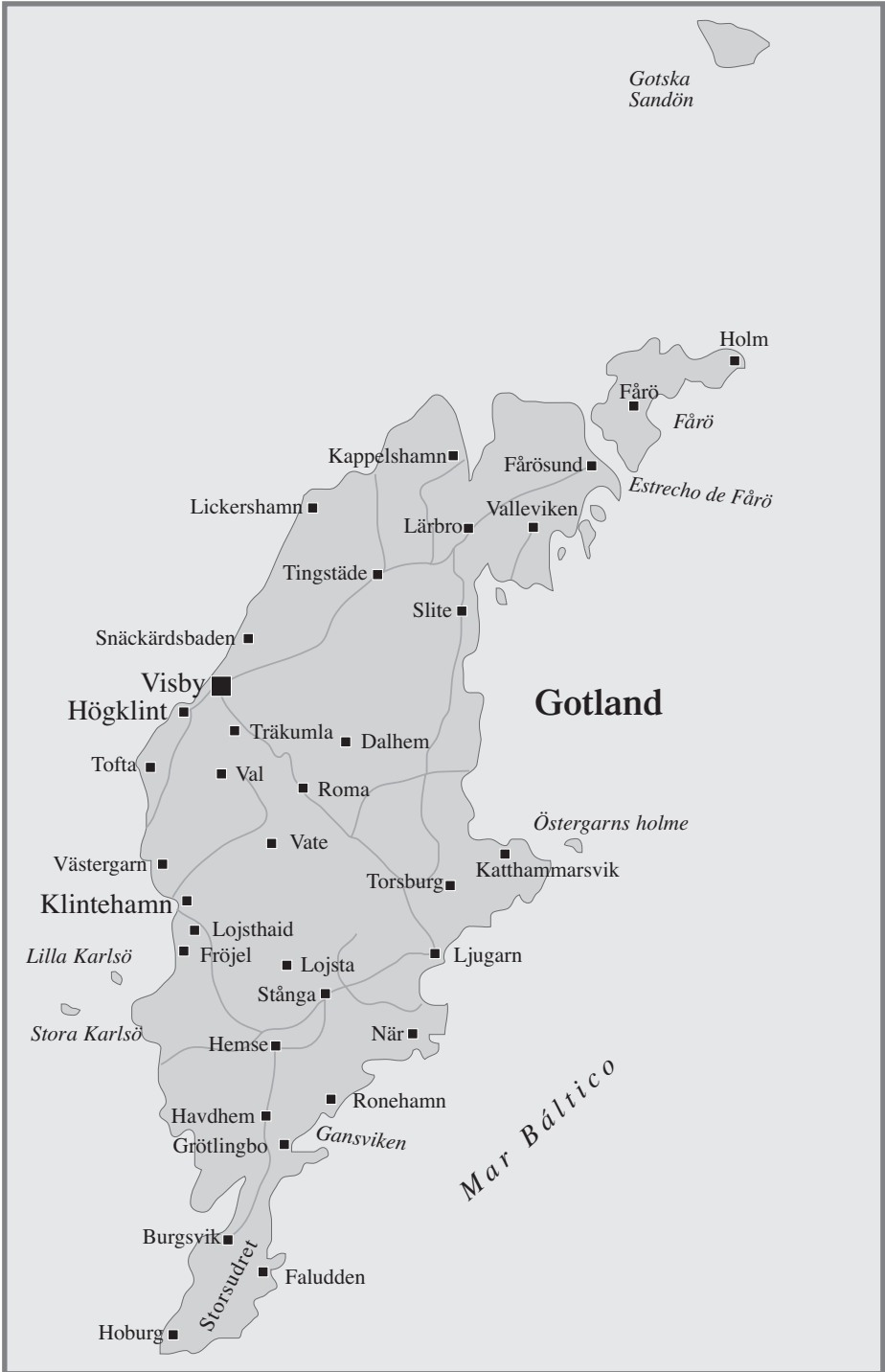


MAEVA

SUECIA



GOTLAND



A primera vista todo parecía estar en orden. La casa, que se encontraba apartada, se alzaba tras un alto muro de piedra. El coche, aparcado como de costumbre en la explanada de gravilla, junto a los contenedores de basura. El suelo empedrado se veía parcialmente cubierto de arbustos de arándano rojo y musgo. Algunos pinos retorcidos, cuyas copas se balanceaban nerviosas con el viento. La terraza que daba al mar, preparada para el invierno, resultaba fría bajo el cielo plomizo, pues no había rastro de los muebles ni de la barbacoa de gasoil. Las contraventanas de la planta baja estaban cerradas e impedían cualquier intento de vislumbrar el interior. Al parecer, la víspera, la familia había llegado tarde a casa y se había ido directamente a la cama sin deshacer el equipaje.

Tan pronto como su padre aparcó, el chico salió disparado y se apresuró hacia la entrada, agachado para protegerse del viento. Eran las vacaciones de otoño e irían a la piscina. Se puso tan contento cuando su mejor amigo lo llamó para decirle que regresarían antes de lo planeado...

Pero al acercarse a la casa demoró el paso. Había algo que no encajaba. La puerta de la calle estaba abierta de par en par, una ventana repiqueteaba en la planta superior. En la escalera

circular de piedra de la entrada se distinguían unas evidentes manchas oscuras.

—¿Hola? —gritó su padre cuando lo alcanzó. Su mirada reflejaba preocupación—. ¿Hay alguien en casa?

Ninguna respuesta, apenas el susurro de las copas de los pinos y las olas rompiendo más abajo, en la playa. Había luz en la cocina.

—¿Por qué no llamamos al timbre? —preguntó el muchacho.

—Espera.

El padre posó una mano en el hombro de su hijo y miró a su alrededor. Le indicó que se quedara quieto mientras él subía por la escalera. Un simple vistazo al recibidor fue suficiente para comprender que algo grave había sucedido. Las manchas oscuras continuaban por el suelo hacia el interior de la casa. En el suelo había una lámpara de cristal esmerilado rota, cuyos pedazos relucían bajo la luz plomiza que se filtraba por la hilera de ventanales de la pared.

—¿Qué diablos...?

Se dio media vuelta.

—Aquí ha pasado algo. Espera en el coche mientras yo echo un vistazo. Y cierra por dentro.

—Pero papá...

—Vete al coche.

El tono hizo obedecer al niño. Inquieto, retrocedió unos pasos y siguió a su padre con la mirada.

El hombre corpulento permaneció un momento en el pasillo mal iluminado del recibidor, tratando de distinguir algún sonido. Comenzó a caminar y entró en el salón. Entonces la vio. Primero solo los pies, algo bronceados y con las uñas pintadas de rosa, las piernas cubiertas con un ligero camisón de encaje. Yacía sobre el suelo de piedra, al pie de la escalera. Tenía los ojos abiertos, con la mirada clavada en el techo, un hilo de sangre le salía de la boca y el pecho aparecía teñido de rojo oscuro bajo la bata. Casi negro. Su rubia melena estaba enmarañada.

Se le nubló la vista mientras contemplaba el rostro. La piel estaba casi transparente. Tomó una de sus frías manos entre las suyas y notó que se había quitado el anillo de casada. Ningún indicio de pulso. Lo comprobó también en el cuello. Nada.

Se puso de pie y miró alrededor. Faltaban cuadros de las paredes, la escultura de bronce que había en un nicho entre la cocina y el recibidor había desaparecido. La estantería estaba vacía. Observó toda la habitación: una silla caída, el charco de sangre en el suelo, las puertas de cristal de la vitrina abiertas de par en par. Descubrió el siguiente cuerpo en la escalera que conducía a la planta de arriba. Inerte, una herida abierta en la cabeza y sangre oscura alrededor.

Al otro lado de la ventana, el viento sacudía las hojas de colores otoñales y bramaba en los aleros de la casa. Vio el rostro de su hijo a lo lejos, en el coche. Los niños, pensó. Los niños. Se detuvo de repente en lo alto de la escalera. Un brazo, un pijama ensangrentado. Una mejilla tersa, tan joven, tan fresca...

Continuó subiendo como un sonámbulo hasta la planta superior. La mente vacía, en blanco, sin pensamiento alguno.

Nunca más volvería a ser el mismo.

Hacía bochorno y la temperatura rondaba los veinte grados, aunque apenas eran las nueve de la mañana. El mes de agosto había sido inusualmente cálido, con más de treinta grados durante el día y por encima de los veinte por la noche. Las llamaban «noches tropicales», a pesar de que Suecia se encontrara muy lejos del trópico.

Por sus casi mil quinientos habitantes, Klintehamn era considerado uno de los centros urbanos de Gotland. Una idílica y tranquila población marítima en la costa oeste de la isla, con un importante puerto desde donde se transportaba al continente virutas de madera, leña y remolacha azucarera. Desde ese mismo puerto, durante el verano, salían los barcos hacia Stora Karlsö, famosa por sus montañas repletas de aves.

Tenía población suficiente como para albergar una biblioteca, un instituto, un centro de atención médica, un pabellón de deportes y una residencia de ancianos, aunque no era tan grande como para tener un *systembolag** y una piscina municipal. Las casas, con sus floridos jardines, se concentraban en torno a unas cuantas tiendas en el centro, en largas y estrechas calles. Esa mañana de final de verano reinaban el silencio y la calma, y un

* El *systembolag* es el monopolio estatal de tiendas de licores en Suecia. (N. del T.)

ambiente somnoliento se desparramaba entre las casas. Los únicos sonidos que interrumpían el piar de los pájaros entre los arbustos y los árboles eran el ligero tintineo de tazas de café al posarse sobre alguna mesa en el exterior, el motor de un cortacésped o las taciturnas melodías de un aparato de radio que se difundían a través del denso follaje de los setos bien podados.

La temporada turística tocaba a su fin. Se habían acabado las largas colas en el supermercado Konsum, y el puesto ambulante de venta de pescado del centro se había desplazado a otra parte. Apenas quedaba algún que otro veraneante y trabajadores de temporada cuyos contratos se prolongaban hasta finales de agosto.

Donnersgatan, la modesta calle comercial de Klintehamn, se encontraba prácticamente desierta. El supermercado Ica acababa de abrir sus puertas y se escuchó un ligero chirrido cuando un joven dependiente colocó un cartel con las nuevas ofertas. Tras las ventanas de la sucursal del Handelsbanken se entreveía a un par de empleados que se preparaban para la jornada laboral. El salón de belleza de Maud estaba cerrado por vacaciones, y el único restaurante que había en la calle no abriría hasta dentro de un par de horas. En la terraza de la pastelería solo había un hombre sentado con una taza de café, leyendo ensimismado la prensa local.

Una anciana con pámela blanca paseaba por la acera llevando a su caniche sujeto con una correa; un padre empujaba un cochecito y caminaba apresurado calle abajo con el móvil pegado a la oreja, hablando acalorado, al mismo tiempo que una niña de seis años zigzagueaba en una bicicleta a su lado e intentaba llamar inútilmente su atención. Aparte de eso, no había nadie.

Una furgoneta giró en la esquina. Se oyó el chirrido de los frenos cuando se detuvo frente a la oficina del Sparbanken, junto al supermercado Ica. Un hombre uniformado descendió del vehículo blindado mientras su compañero permanecía tras el volante. El vigilante, un hombre de pelo rapado que rondaba los treinta años, miró a su alrededor antes de aproximarse a la puerta del banco, mientras cargaba una cartera cuadrada con

billetes destinados a rellenar el cajero automático y las cajas del banco ante la inminente llegada de los desembolsos del primero de mes.

En ese mismo instante se abrieron las puertas traseras de un Ford plateado que se encontraba aparcado delante de la peluquería, al otro lado de la calle. Dos hombres vestidos de negro, que empuñaban armas automáticas, corrieron hacia el vigilante.

Este, cuando estaba a punto de llamar al timbre del banco, que aún no había abierto al público, se dio media vuelta. Clavó la mirada en los ojos que asomaban tras el pasamontañas. El ladrón le indicó que soltara la cartera. A lo lejos, el cliente de la pastelería alzó la cabeza del *Gotlands Allehanda*. Permaneció sentado con el periódico entre las manos. Uno de los ladrones llegó hasta el compañero del vigilante que esperaba en el asiento del conductor y le obligó a descender del vehículo. La señora del perro se había detenido en el lado opuesto de la acera. Seguía los acontecimientos con expresión desconcertada. Lo primero que pensó fue que se trataba del rodaje de una película. Pero no se veía ninguna cámara. Los dos bancos de la población, el Handelsbanken y el Sparbanken, se encontraban el uno enfrente del otro. Los empleados ya estaban en sus puestos de trabajo y fueron conscientes de lo que sucedía en la calle. Alguien apretó el botón de alarma que conectaba con la Policía. Los empleados siguieron sus instrucciones y no intentaron intervenir.

Los hombres enmascarados apuntaron sus armas hacia los vigilantes; no parecía importarles la presencia de la anciana. El dependiente había entrado en Ica y el hombre del cochecito y sus hijos habían desaparecido de la escena.

Sin pronunciar ni una palabra, los ladrones indicaron a ambos vigilantes que abrieran el furgón blindado, y estos no se atrevieron a hacer otra cosa que obedecer. Les entregaron rápidamente tres carteras con billetes. A continuación, uno de los ladrones corrió hacia el otro lado de la calle y recibió la ayuda de un tercer cómplice enmascarado que cargó el botín en el maletero del Ford. Cuando estuvieron listos obligaron a los vigilantes a tumbarse boca abajo en el suelo. Ninguno de ellos

había abierto la boca. Los ladrones, parapetados tras las armas, se metieron en el coche y desaparecieron a todo gas. La operación apenas duró unos minutos.

En cuanto el Ford desapareció tras la esquina en dirección a Norra Kustvägen se oyó un frenazo, después un grito y un golpe seco. El vehículo de los ladrones ya había desaparecido cuando los dos vigilantes consiguieron ponerse de pie para ver qué había sucedido. En el suelo, delante de la biblioteca Donner, yacía el cuerpo inerte de una niña. Reposaba formando un ángulo extraño. Un poco más allá se veía una bicicleta deteriorada. Un cochecito en cuyo interior lloraba un bebé estaba en un lado de la acera. Junto a la niña se encontraba un hombre sentado al que le temblaba todo el cuerpo.

El único rastro que habían dejado los ladrones eran unas marcas negras de neumáticos sobre el asfalto.

El comisario Anders Knutas se dejó caer en la vieja silla al entrar en el despacho y constató que la barriga le sobresalía por encima del cinturón. Había engordado durante las vacaciones de verano, tres kilos por lo menos. Era evidente. Todas esas barbacoas y buen vino dejaban huella. Habían tenido invitados cada noche en la casa de verano, al norte de Gotland, en Lickershamn, y se reflejaba implacablemente en la báscula. Line, su mujer, era una danesa extremadamente sociable y le gustaba rodearse de gente; Knutas se había preguntado en más de una ocasión si la razón de esas visitas constantes era evitar quedarse a solas con él. Pero no lo había comentado con ella. No quería discusiones. Los niños también habían invitado a sus amigos durante los pocos días que pasaron en la cabaña. Ya eran casi adultos y tenían otras cosas que hacer durante el verano. Quizá Line pensaba que a esas alturas resultaba muy aburrido quedarse a solas con él en casa por la noche. Ella había comenzado a hablar de Dinamarca y a decir que echaba de menos su país. Deseaba introducir costumbres danesas; de repente, en la mesa de *midsommar*, la fiesta de verano, había que tener *smørrebrød** y entonar canciones danesas mezcladas con canciones suecas. Incluso había sugerido pasar las Navidades en

* Pan con mantequilla y diversos ingredientes fríos. (N. del T.)

Dinamarca, cuando ellos siempre habían celebrado las fiestas en casa de los padres de él, en Kappelshamn. No entendía qué le ocurría a su mujer.

Suspiró, apartó esos pensamientos y comenzó a hojear entre los montones de papeles que se apilaban sobre su desordenada mesa: documentos, transcripciones de interrogatorios, datos de testigos, todo tipo de informes... No recordaba cuántas veces había sacado los expedientes, a pesar de saber que no progresaría ni un solo milímetro. Tampoco esta vez. La investigación había quedado relegada y llevaba más de un año en el olvido.

Vera Petrov, una rusa-alemana de cuarenta y cinco años, empadronada en Gotland, ciudadana sueca desde hacía tiempo, casada con Stefan Norrström, capitán de navío sueco, vecino de un pequeño pueblo de la costa este de Gotland, tenía una orden de busca y captura internacional por dos asesinatos cometidos en la isla cuatro años atrás. Su marido era sospechoso de complicidad. Habían tenido a la Policía pisándoles los talones, pero consiguieron escapar en el último momento con el *ferry* de Gotland y después abandonaron el país. En el fragor de la persecución policial, Vera Petrov había dado a luz en el barco. La Policía recibió varios soplos de que la pareja se encontraba en la República Dominicana, pero cada vez que les habían seguido la pista hasta allí, ellos ya se habían escabullido. Hasta el momento, esa investigación era el mayor fracaso en la carrera de Knutas.

Llamaron a la puerta y en el umbral apareció la delicada figura de Karin. Su colaboradora más cercana madrugaba más que él. Los soleados días de verano habían conferido a su piel un bronceado favorecedor y parecía estar bien despierta pese a lo temprano que era. El reloj acababa de dar las siete. Llevaba dos tazas de café humeante en las manos y encima de una de ellas reposaba un pequeño paquete plano.

—¿Puedo interrumpirte?

—Claro. Ponte cómoda. No me vendría mal empezar el día con calma.

Despejó la mesa y sacó su pipa del primer cajón del escritorio. Karin colocó las tazas y le tendió el paquete. Al sonreír dejó ver el amplio espacio entre sus incisivos.

—¡Felicidades!

Knutas miró sorprendido a su colega. Sus piernas enfundadas en unos vaqueros y la sudadera de capucha con una guitarra eléctrica impresa en el pecho le hacían aparentar diez años menos de los cuarenta y seis que tenía. Se dio cuenta de que lucía un nuevo corte de pelo. En los últimos tiempos se lo había dejado crecer hasta los hombros. A él le parecía que la melena le suavizaba el rostro, pero ahora lo llevaba corto de nuevo.

—Qué bien te queda el nuevo corte de pelo —dijo cortés.

—Gracias. —Karin se llevó su frágil mano a la frente y se arregló algunos mechones—. Resulta extraño.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Knutas, y alcanzó el paquete.

—Fue idea de Janne. Me ha estado dando la lata para que me arreglara el flequillo.

—Vaya —dijo Knutas—, pero no me refería al peinado.

No le interesaba en absoluto la opinión de su novio al respecto. Sostenía el paquete y lo agitaba.

—Cuidado —le advirtió su compañera—. Puede ser delicado. ¿No sabías que hoy es tu santo?

—¿Qué? No, se me ha vuelto a olvidar —rio él.

El santo no era algo que su familia celebrara. Y el hecho de que los padres de Knutas, por alguna extraña razón, hubieran decidido ponerle Bartolomeus de segundo nombre era algo que él prefería olvidar. Pero Karin se lo recordaba todos los años.

—No me tenías que haber comprado nada —coqueteó, mientras sus dedos ansiosos rasgaban el envoltorio.

En su interior había dos entradas enrolladas con un lazo negro y dorado.

—¿Qué es esto?

—Entradas para el derbi entre el AIK y el Djurgården en el estadio Råsunda dentro de tres semanas —anunció Karin—. Son para dos personas. Y la condición es que vayas conmigo.

—Pero ¿cómo lo vamos a hacer? Está en Estocolmo.

—¿Te has olvidado del curso de fin de semana al que tenemos que asistir? En la Escuela Superior de Policía, del once al doce de septiembre. En lugar de regresar a casa el domingo por la tarde, nos quedamos a ver el partido. Pero tendremos que pasar fuera una noche más.

Ella lo desafió con la mirada y esbozó una sonrisa.

Karin era una verdadera entusiasta del fútbol, deporte que había practicado durante toda su vida, y hacía varios años que entrenaba a las chicas del Visbylaget P18. La pasión de Knutas por el AIK era algo bien conocido.

—¡Vaya regalo! Muchas gracias. Es demasiado, de verdad.

A Knutas se le hizo un nudo en la garganta. Se puso de pie y abrazó a Karin. Hacía mucho tiempo que alguien no tenía un detalle tan considerado con él.

—Venga —le instó ella—. Es por puro egoísmo. Te lo prometo.

La mirada de Karin se posó en los expedientes que había sobre la mesa.

—¿En qué andas metido?

—El caso Petrov. Intento encontrar algo nuevo.

—Vaya.

El caso Petrov no era un asunto que a Karin le gustara recordar. Durante la persecución, ella encontró a la pareja en la cabina en la que se habían escondido, pero los dejó escapar después de ayudar durante el parto. Más tarde, cuando le reveló a Knutas su secreto, la explicación que le dio fue que sintió cierta comprensión por Petrov, pues la mujer se había vengado del violador y asesino de su hermana. Además, a Karin el parto le afectó en lo más profundo de su ser. Ella se había quedado embarazada cuando la violaron a la edad de quince años, después de dar a luz tuvo que entregar el bebé en adopción, algo de lo que no había dejado de arrepentirse.

Durante mucho tiempo aquella confesión martirizó a Knutas, que seguía siendo la única persona que conocía el secreto de Karin. Le dio mil vueltas al asunto, pues no sabía cómo manejar el dilema en el que se encontraba. Al fin decidió no

denunciar a su compañera de trabajo. Esa era, por supuesto, la razón de que sintiera tal desazón por el caso no resuelto. Mientras Vera Petrov anduviera libre, él tendría que cargar con la culpa sobre sus hombros.

Karin acabó su café y se puso en pie.

–Muy bien. Dime si necesitas ayuda.

Cuando cerró la puerta al salir, su perfume permaneció en el despacho.

La luz de la mañana se filtraba a través del visillo de algodón a rayas blancas y azules, que producía un reflejo semejante al del mar, aunque, para tratarse de Gotland, vivían bastante lejos de la costa. Emma se sentía como una niña con zapatos nuevos ante el estilo de Nueva Inglaterra que asociaba a grandes casas junto al mar en la costa este americana. En su más tierna juventud pasó unas semanas de vacaciones con sus padres en la isla de Martha's Vineyard, y la visita le causó una gran impresión. Disfrutó tanto ese verano que aquellos días se le quedaron grabados en la memoria.

Dejó vagar la mirada por la silenciosa habitación: el suelo de tarima de pino estaba pintado en blanco, había un sillón de cuero marrón bastante desgastado en una esquina y una lámpara sobre un trípode con patas de madera, accesorios de latón y vidrio esmerilado. Cojines y mantas de viaje de color gris, rojo y azul con estrellas, inspiradas en la bandera americana. No porque fuera muy amiga de Estados Unidos, sino sencillamente porque le gustaba ese estilo. Johan y ella se habían esmerado en elegir la nueva decoración. Ella lo había cambiado todo para eliminar de la casa la presencia de su exmarido. Lo hizo fundamentalmente por Johan. Para que la sintiera como su hogar. En lo más profundo de su ser se preguntaba si lo habría conseguido. La mirada se

detuvo de nuevo en los visillos. El tejido le hizo recordar la añorada casa de sus padres en Fårö.

Lo único que se oía era la respiración acompasada de Johan. Tumbado en la cama, arrebujado en la manta cerca de ella.

Emma se levantó, descorrió los visillos y abrió la puerta de la terraza que daba al jardín. La luz del sol inundó la habitación. Johan reaccionó con un gruñido, cubriéndose aún más con la manta. Ella echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche. Apenas eran las seis. Solía despertarse temprano, antes de que sonara el despertador. Se había convertido en un hábito como consecuencia de sus muchos años como profesora. Volvió a meterse en la cama. Se acostó de lado y observó el contorno de su marido. Solo podía verle el cabello negro y rizado y un poco de la frente. Se había arropado bien, como de costumbre.

Alargó una mano y la metió con cuidado debajo de la sábana. La deslizó hacia el hombro desnudo, lo acarició levemente con la yema de los dedos y prosiguió por la espalda. Le rascó como sabía que le gustaba. Ninguna reacción. Apartó la mano y la dejó reposar un momento sobre la sábana. Volvió a intentarlo. Le acarició el brazo, continuó hacia la cadera y la parte exterior del muslo. Oyó un nítido suspiro.

—¿Estás despierto? —susurró ella.

No obtuvo respuesta.

—Johan?

Un silencio compacto.

Se desanimó. Retiró la mano.

No valía la pena.

En la sinuosa carretera solo había espacio para un coche, pero a él no le preocupaba. Las probabilidades de encontrarse con alguien en ese lugar apartado eran muy remotas. La casa se alzaba solitaria entre prados y campos de cultivo. Al acercarse disminuyó la velocidad. Se dio cuenta de que la casucha llevaba deshabitada muchos años. En Gotland había unas cuantas casas como aquella. Propiedades que se abandonaban y acababan en ruinas porque el dueño, que vivía en otro lugar, pensaba que en algún momento sus hijos desearían instalarse ahí, o porque quería conservar la granja por si en un futuro lejano alguien estuviera interesado en rehabilitarla. Esas cabañas solían carecer de agua corriente y de sistema de cañerías.

Pasó de largo y aparcó en un claro del bosque. Las otras veces que había estado allí había elegido el lugar con cuidado. El coche no se veía desde la carretera. Hacía mucho calor, sin embargo, conservó el chaleco de color amarillo chillón en el que se leía Ayuntamiento de Gotland impreso en la espalda. Lo hizo por seguridad, por si —contra todo pronóstico— se topaba con alguien. Ataviado con la ropa de trabajo del ayuntamiento y con una gorra calada hasta las cejas, lo tomarían por uno de los trabajadores en las obras de la carretera que se hallaban unos kilómetros más allá. Un camino recto de gravilla conducía hasta la granja en ruinas, resguardada de las miradas ajenas gracias a una

serie de robles y arbustos salvajes que habían crecido a sus anchas entre la tupida hierba durante décadas. Sabía que podía acercarse hasta allí sin ser visto desde la vivienda. En un principio esta había sido blanca, pero el enlucido se había desprendido en gran parte. El sencillo tirador de la puerta de madera se encontraba tan oxidado que apenas funcionaba. Uno tenía que levantar la puerta y luego mover el tirador con maña.

La casa se hallaba en un estado lamentable, la chimenea se había caído a pedazos y faltaban la mayoría de los cristales de las ventanas. En la parcela había un viejo retrete y una nevera. En un lateral, descansaban los restos de un granero cuyo tejado se había desplomado. Presentaba tal inclinación que parecía que fuera a derrumbarse en cualquier momento. En el otro extremo del terreno se hallaba la letrina. Aún se distinguía un descolorido corazón que en su día alguien había pintado en la puerta.

Se diría que hacía años que nadie había puesto un pie en la propiedad. Pero ahora, en la parte de atrás, vio aparcadas tres relucientes motos. Había luz en la cocina, de donde salía un leve murmullo de voces acaloradas.

Se quedó parado junto a la pared de la casa durante un instante. Resultaba excitante estar tan cerca. Sabía perfectamente de qué hablaban.

Se apresuró hacia el granero en ruinas. Allí dentro podría ocultarse.

Debía esperar el momento propicio.

Al apearse del coche en el aparcamiento del edificio de la Radio y Televisión de Visby, Johan Berg sintió el impacto del bochorno. Alzó la mirada hacia el cielo plomizo. El ambiente era sofocante. Cuando cruzó las puertas de cristal contuvo un bostezo. Se sentía agotado y le dolía la cabeza. Elin había estado tosiendo durante la noche y le había despertado varias veces, y Anton había tenido una pesadilla. Era lógico que siempre estuviera cansado. No recordaba cuándo fue la última vez que durmió de un tirón. Elin había amanecido con fiebre, y lo primero que pensó fue quedarse en casa cuidando a la niña, pero Emma habló con sus padres y estos se ofrecieron a llevarse a los dos niños a Fårö hasta que Elin se recuperara. Menuda bendición. Ellos sabían lo difícil que era para Emma no poder estar con sus alumnos a comienzo de curso, y él era el único reportero de la isla. Aunque su compañera cámara, Pia Lilja, era perfectamente capaz de hacer las entrevistas, filmar, editar y hacer sola todo el trabajo de reportera, podía resultar demasiado para ella.

Cuando entró en la estrecha oficina de la redacción, vio a Pia sentada con el teléfono en la mano y las largas piernas apoyadas encima de la mesa. Tenía el cabello más hirsuto que de costumbre. La perla turquesa brillante del *piercing* que llevaba en la nariz competía con las uñas de color neón. Johan se quitó la chaqueta, la lanzó sobre el respaldo de una silla y se dirigió a la máquina de

café para tomar el primer *espresso* del día. Pia le indicó con un gesto que ella también quería uno, al mismo tiempo que hablaba en voz alta con alguien que bien podría ser un policía.

Johan se sentó en una silla a su lado y la observó hasta que finalizó la conversación. Ella dio un rápido sorbo al café antes de aclarar la situación.

—Esta mañana han robado un furgón blindado en Klintehamn y en estos momentos hay un coche ardiendo en un bosque junto a Sanda. Tenemos que ir.

Poco antes de llegar a Klintehamn unas nubes espesas y oscuras se dibujaban en el cielo. Estaba claro que no se trataba de un fuego pequeño.

—Parece que el humo viene de Hejde —dijo Pia—. La cuestión es cuál será el mejor camino para llegar hasta allí. Creo que podemos ir por Klinte y después tomar el camino hacia Stenkumla. Desde allí salen pequeños senderos que llevan al bosque.

Cuando llegaron al lugar del incendio, un policía les mandó detenerse. La zona ya estaba acordonada y había coches de policía y bomberos aparcados a lo largo de la carretera asfaltada que atravesaba el bosque. Se bajaron del coche y Pia sacó la cámara que rápidamente se colgó al hombro. Johan se acercó a un policía que estaba de guardia.

—Me llamo Johan Berg, soy del telediario regional. ¿Qué ha sucedido?

—Bueno, un fuego, como puede ver, que se propaga con mucha rapidez.

—¿Cómo comenzó?

—Un coche empezó a arder.

—¿Cómo ocurrió?

—Bueno, eso todavía no lo sabemos.

—¿Creen que puede estar relacionado con el robo en Klinte?

—No quiero especular sobre eso.

—¿Cuándo se enteraron de que había un incendio?

—Recibimos la voz de alarma a las nueve y media.

—Y el robo al furgón blindado tuvo lugar pasadas las nueve.

—Correcto.

—Entonces resulta bastante razonable pensar que pueda tratarse del mismo coche en el que huyeron los ladrones, al que luego prendieron fuego.

—Como ya le he dicho, no quiero hacer especulaciones.

—¿Hay alguna otra pista de los ladrones?

—¿Pista? —El policía agitó las manos y cabeceó hacia atrás—. ¿No ve cómo está esto?

A sus espaldas, el fuego hacía estragos. Las llamas se propagaban con rapidez por la hierba seca, entre los arbustos y la maleza. Los árboles ardían formando llamas que se alzaban a varios metros de altura. Pia grabó la escena y realizaron una breve entrevista a un responsable de Protección Civil antes de conducir hacia Klintehamn.

En la calle principal se notaba de inmediato que había pasado algo. La gente hablaba en corrillos y la oficina del Sparbanken estaba acordonada. Ningún policía deseaba hacer declaraciones y, a falta de otra cosa, Johan se colocó en la calle delante de la biblioteca donde habían atropellado a la niña, cuyo estado era crítico. Al cambiar de posición mientras filmaba los planos, Pia descubrió a una anciana sentada en un banco del parque con un caniche sobre las piernas. La mujer sollozaba ruidosamente. Parecía no desear otra cosa que llamar la atención. Johan también se había fijado en ella.

—Voy para allá —dijo Pia—. Espera aquí.

Johan observó con cierta desconfianza a su colega mientras esta cruzaba la calle y se encaminaba hacia la mujer. ¿Qué se le había perdido allí? Les quedaba mucho trabajo pendiente y andaban, como siempre, escasos de tiempo. Acababa de recibir un mensaje de la redacción en el que le pedían una breve retransmisión, o por lo menos una imagen, para incluir en las noticias del mediodía. Pia se sentó en el banco, acarició al excitado caniche y le tendió un paquete de *kleenex* a la señora. No pasó mucho tiempo antes de que la anciana reposara su cabeza en el hombro de Pia. Formaban una

extraña pareja: Pia, con su llamativo cabello negro, vaqueros ceñidos, maquillaje de ojos excesivo y oscuro y el *piercing* en la nariz, que contrastaba con la anciana obesa de vestido de flores y pamelas. Johan eligió quedarse donde estaba, lo mejor era dejar hacer a Pia.

Después de un rato esta se puso en pie y fue hacia él.

—Oye, la abuela lo ha presenciado todo. Es una testigo ocular.

—¡Vaya! Pero ¿se encuentra en condiciones de que la entrevistemos?

—Se encuentra bien. Y tiene mucho que contar. La Policía todavía no la ha interrogado. Se les ha escapado, y eso que se encontraba a pocos metros de los ladrones.

—¿Cómo es posible? ¿No se ha dado a conocer?

—No. Al parecer se fue a casa porque tenía que dar de comer al perro. Seguramente estaba conmocionada. Le he dicho que podemos ayudarle a ponerse en contacto con la Policía. Después de que hable con nosotros, claro.

Arqueó la boca y su mirada oscura mostró un atisbo de mofa. Pia adoraba eso. Material exclusivo, solo de ellos.

—Pero ¿vamos realmente a...?

—Venga ya —se impacientó Pia, mientras recogía su equipo de filmación—. Si la anciana quiere hablar, tenemos que dejar que lo haga. Lo ha visto todo, joder.

Johan y Pia tenían un parecer muy diferente sobre los entrevistados potenciales. Ella era una joven ambiciosa que deseaba entregar al jefe de redacción un material lo más emocionante posible, mientras que Johan tenía en cuenta la situación de vulnerabilidad en la que se encontraban las víctimas, los familiares y los testigos.

Aun cuando esas personas desearan ser entrevistadas, no siempre eran capaces de discernir las consecuencias. Sobre todo si se encontraban conmocionadas, que era lo habitual.

Se acercó a la señora, que ya se había tranquilizado, en compañía de Pia. Se presentó y se puso en cuclillas delante de la mujer.

—¿Quiere contarnos lo que vio?

—Bueno, eran las nueve cuando paseaba por aquí, por Donnersgatan, con *Romeo*. —Se dio media vuelta y señaló hacia la calle comercial del pueblo—. Nos dirigíamos a una tienda

Pressbyrån, pues tenía ganas de tomar un helado. Sí, entiendo que pueda resultar extraño a una hora tan temprana, pero a mi edad una se puede permitir alguna que otra rareza. Allí tienen el mejor helado del mundo, ¿saben?

Alzó la cabeza y continuó con la mirada perdida en la distancia:

—Pero entonces, de repente, vi a dos hombres que estaban en medio de la calle con una especie de fusil en las manos. Iban vestidos de negro y llevaban puestos unos pasamontañas que les cubrían la cara. Lo primero que pensé fue que se trataba del rodaje de una película. Pero no vi ninguna cámara y entonces comprendí que era de verdad. Un robo, vamos. Justo delante del banco, pero no era un robo al banco, sino que estaban robando a esos muchachos que llevan dinero. Se llama transporte de valores ¿no?

—¿Qué hicieron los ladrones?

—Empuñaron sus armas y obligaron a los guardias a abrir la cabina del furgón, del que sacaron varias bolsas. Entonces salió del coche un tercer ladrón enmascarado y ayudó a cargar las bolsas en el coche. Y... había algo raro en el tercer ladrón.

—¿Qué quiere decir?

Miró a Johan.

—Tenía que ser una mujer.

Johan se quedó pasmado. Ese dato era nuevo. La radio y las agencias de noticias habían dado la misma versión: el robo al furgón blindado en Klintehamn fue cometido por tres hombres enmascarados. Nada más.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Su manera de moverse, pero no solo eso. Abrió el maletero del coche y entonces apareció el otro ladrón con las bolsas. Al agacharse para cargarlas vi un poco de su ropa interior y era ropa de mujer, se veía claramente. Le sobresalía de los pantalones esos que se llevan ahora. Y era roja.

—¿Está segura de que no eran unos calzoncillos?

—No, no, por Dios, eran de esas braguitas minúsculas que están tan de moda. Esas que apenas son unas tiras, sí, no entiendo cómo les pueden gustar a la gente, tienen que ser muy incómodas. ¿Cómo se llaman? Tangas, eso es. Y eso no lo llevan los hombres, ¿no?

La lluvia golpeaba con fuerza el tejado de chapa; era la primera precipitación que caía en Gotland desde hacía varias semanas. De vez en cuando algún rayo blanco surcaba el cielo cubierto de oscuras nubes plomizas. Terese Larsson encendió otro cigarrillo y expulsó lentamente el humo hacia la bombilla desnuda que colgaba sobre la mesa. Se mecía en la silla, inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sintió que una sensación de alivio embargaba su cuerpo. En las noticias de la radio local acababan de informar de que el estado de la pequeña se había estabilizado y que su vida ya no corría peligro. ¡Joder, menos mal!

Aparte de eso, el robo se había desarrollado a la perfección y sin complicaciones. Mientras se alejaban del banco, la niña apareció como por arte de magia. No tuvo oportunidad de esquivarla. Recordó con horror los segundos previos al choque. El rostro sorprendido de la pequeña, sus ojos como platos, la gorra que salió volando, los pequeños brazos agitándose y el ruido sordo contra el parachoques. Ese sonido la estremeció. Percibió con el rabillo del ojo que el padre soltaba el cochecito y corría hacia su hija. De forma mecánica, pisó el acelerador a fondo y desapareció de allí. Siguió el plan establecido hasta el último detalle. Tomó la carretera general en dirección a Visby durante unos cuantos metros y a continuación se desvió hacia Sanda. No importaba si los habitantes de los alrededores se

fijaban en ellos, en breve se desharían del coche que Jocke había robado hacía unos días. El último desvío pronto desembocó en un camino para tractores lleno de baches que discurría entre un bosque y campos de cultivo. Al conducir demasiado deprisa por un terreno irregular, las ramas de los arbustos chocaban contra el parabrisas.

Aparcaron en un claro donde el bosque había sido desbrozado para dejar espacio a una hilera de postes del tendido eléctrico que se extendían a lo largo de la espesa vegetación. Se quitaron rápidamente las chaquetas, los pantalones y los pasamontañas, tiraron la ropa al interior del vehículo y descargaron las bolsas con el dinero y las armas. A continuación, Degen vertió gasolina sobre el coche, dejó un reguero en el suelo seco y lo prendió. Al llegar al coche provocó una explosión. Después corrieron con su botín hacia las motos que habían aparcado a un centenar de metros de allí, muy cerca de la carretera general.

Más tarde escucharon por la radio que el fuego se había propagado con rapidez causando un gran incendio forestal. Tras un verano sin apenas lluvia, el suelo estaba seco como la yesca. Así fue como desaparecieron todos los rastros que podrían haber conducido hasta ellos.

Llegaron a la carretera apenas unos minutos después de que se declarara el incendio y luego no tardaron mucho en alcanzar la casa abandonada. La vieja casucha era perfecta para su propósito. Pasarían allí unos días hasta que el ambiente se hubiera calmado un poco y después abandonarían la isla tranquilamente.

La casa se encontraba apartada, sin vecinos, y protegida de las miradas indiscretas. Un escondite perfecto. La habían localizado mucho antes del robo y habían dejado comida y bebida suficiente para poder pasar, por lo menos, una semana si fuera necesario. Degen había conseguido poner en marcha una vieja nevera. Sorprendentemente aún había electricidad, a pesar de que la casa debía de llevar deshabitada mucho tiempo. Dos cuartos eran habitables, la cocina y el dormitorio, separados tan solo por una cortina. Quedaban unos pocos muebles antiguos: una

mesa desvencijada, unas sillas Windsor y un camastro. Eso era más de lo que necesitaban. Jocke había llevado hasta allí un par de colchones, sacos de dormir y almohadas. Como la casa se encontraba tan apartada, sus movimientos habían pasado desapercibidos. Y ahí estaban ahora con tres bolsas de valores, que ojalá estuvieran repletas de dinero. Habían tenido suerte. En las noticias afirmaron que el coche en el que habían huido estaba calcinado, y que la salud de la niña mejoraba.

Terese alargó el brazo para alcanzar el vaso de plástico y dio un buen trago. El alcohol le reconfortó el estómago. Miró a sus camaradas, sentados en torno a la mesa. Degen captó su mirada y sonrió.

—Joder, es demasiado bueno para que sea verdad —rio Jocke. Alzó su sucio vaso de plástico hacia ellos dos—. ¡Salud!

Chocaron los vasos y vaciaron su contenido. Las bolsas de valores las habían dejado en una bodega que había en otra parte de la parcela, por si contenían transmisores. Allí no había cobertura.

La propia casa tenía muy mala cobertura, así que lo más probable era que nadie pudiera rastrear las bolsas, aunque cualquier precaución era poca. No se les ocurrió intentar abrirlas, carecían de la pericia necesaria para ello. Resultaba prácticamente imposible abrir las bolsas de valores de los furgones blindados sin que se activaran unos cartuchos de colores que estropeaban el dinero. Pero Degen tenía un contacto en Estocolmo que aseguraba saber cómo hacerlo. Le debía un favor y había prometido ayudarle.

Según sus informaciones, una bolsa de este tipo podía contener varios cientos de miles de coronas. Si así fuera, sus problemas se resolverían de golpe.

Los tres necesitaban dinero con urgencia. El que peor lo estaba pasando era Jocke; como de costumbre, debía dinero a su camello. A pesar de haberlo intentado durante varios años, no había conseguido dejar las drogas. Y con los camellos no se podía aplazar el pago o ir con excusas. Los camellos no esperaban.

Terese necesitaba el dinero para cosas más triviales, como comida, ropa, la peluquería y comprar muebles para su nuevo piso. Contra todo pronóstico, había conseguido un contrato de alquiler a las afueras de Estocolmo, en Fruängen. Era su primera residencia fija en mucho tiempo y no quería verse de nuevo en la calle por nada del mundo. Tenía treinta y dos años y ya no aguantaba más. Echaba de menos un poco de paz y tranquilidad. Deseaba en lo más profundo de su ser que ese golpe significara el fin de su vida vagabunda, despreocupada y criminal. Estabilizar su situación. Quizá incluso conseguir un trabajo, ahora que tenía apartamento y todo eso. Además, por fin le habían asignado una asistente social que le gustaba y en quien podía confiar. Estaba harta de las drogas, las borracheras, los pequeños robos y las temporadas en chirona.

Había pasado por demasiadas cosas. Encendió un nuevo cigarrillo y pensó en el contenido de las bolsas. Quizá allí se encontrara su nueva vida.